



A nuestro amigo y hermano
Fernando Martínez (q.e.p.d.)

El trabajo que realizamos en el Centro Gumilla muchas veces nos pone en contacto con los procesos de deterioro por los cuales atraviesa el país. Pero esta situación nos afecta más cuando nos toca sufrirla de cerca. Nos referimos a lo ocurrido a nuestro querido compañero de labores Fernando Martínez, quien se encontraba trabajando en un establecimiento nocturno de Las Mercedes (Caracas) como jefe de seguridad, y por no acceder a la extorsión ejercida por miembros de mafias policiales fue, presuntamente, torturado y asesinado en forma brutal en horas de la madrugada del 16 de mayo de este año.

La violencia y ensañamiento con los cuales fue perpetrado el delito, la situación de indefensión en la cual se hallaba Fernando al momento de la agresión y el hecho de que los imputados sean funcionarios de los cuerpos que el Estado ha dispuesto para la protección de la ciudadanía, son circunstancias que nos duelen profundamente y que nos interpelan especialmente sobre la manera como se está viviendo (y muriendo) en Venezuela. Para nosotros, Fernando no era un numerito más en las estadísticas –las cuales ya la opinión pública se acostumbra a esperar cada lunes en la mañana–; Fernando era y es un hermano, un amigo, el cual, aun cuando ya no trabajaba con nosotros, seguía perteneciendo a la familia del Centro Gumilla.

Quien escribe estas líneas tuvo la oportunidad de conocerlo cuando todavía no contaba 20 años de edad. Su interés por tener amigos y el trabajo comunitario que realizábamos desde el Instituto Universitario Jesús Obrero (IUJO-Fe y Alegría) de los Flores de Catia, lo acercó a la Coordinación de Pastoral, en donde se sintió muy a gusto, encontró nuevas amistades, espacios de reflexión y también bastante trabajo adicional, aparte del que ya tenía tratando de entrarle a la Educación Integral, carrera que estudiaba en dicha casa de estudios. Me consta el empeño en

Nota de duelo

La violencia aquí cerquita

Eduardo E. Soto Parra, s.j.*

llevar adelante todos los proyectos que teníamos en mente, en especial la Vigilia de Pentecostés del año 2003, consolidándose su responsabilidad y vocación de servicio. Recuerdo bien que ya desde allí, se preocupaba por la *seguridad del evento*, interés que lo llevó ya al final de su corta vida a ocupar ese tipo de actividades.

Todavía estudiando en el Instituto y trabajando simultáneamente en el Gumilla, tuvimos la oportunidad de celebrar juntos el nacimiento de su primera hija, y en el Centro compartimos la faena diaria y las actividades extraordinarias, contando con su colaboración, su sonrisa, su amistad y esas ganas que tenía de comerse la vida, de trabajar duro para lograr sus sueños, obtener aquellas cosas a las cuales sentía que tenía derecho, para él y para sus seres queridos. Al momento de su fallecimiento y en ese afán por lograrlo todo lo antes posible, Fernando, aparte de sus estudios universitarios, se desempeñaba en varios puestos laborales. Por ello, siempre lo recordaremos como ese joven que no quería deberle nada a nadie, sino que todo se lo quería ganar a pulso, trabajando duro y aprovechando todas las oportunidades que la vida le iba ofreciendo.

Y fue precisamente trabajando, en el ejercicio de sus responsabilidades como jefe de seguridad, cuando le fue truncada su vida contando con tan sólo 26 años de edad. Esta muerte nos sorprendió a todos los que le conocimos, a sus familiares, amigos y compañeros de trabajo.

Nos tocó muy dentro su desaparición física, y le tocó al Centro Gumilla la repetida e infortunada barajita de la muerte violenta de jóvenes, con circunstancias adicionales que la hacen más despreciable e injusta. En su memoria y con la certeza desde nuestra fe, de que todas las víctimas han de ser reivindicadas, hemos querido recordarlo en esta reseña sencilla de su persona y renovar nuestro compromiso de seguir construyendo ciudadanía para que situaciones como ésta no ocurran en la sociedad venezolana.

* Miembro del Consejo de Redacción.